

Palabras y discursos envenenadores

Begoña Roman



El autor

Begoña Roman Maestre

(Petrer - Alicante, 1965)

Begoña Roman es doctora en filosofía por la Universidad de Barcelona (1993). Obtuvo el Premio extraordinario de licenciatura (1989) y de doctorado (1995) en la Universidad de Barcelona. De 1996 a 2007 dirigió la Cátedra de Ética de la Universidad Ramon Llull y actualmente es profesora en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona. También es miembro del grupo de investigación consolidado de la Generalitat “Ética y Pensamiento Contemporáneo”, presidenta del Comité de Ética de Servicios Sociales de Catalunya, vocal del Comité de Bioética de Catalunya, miembro del comité de bioética del Hospital San Rafael y del Comité del Hospital Clínic. Su ámbito de especialización es la ética kantiana y la ética aplicada a entornos profesionales y organizativos, ámbitos sobre los que versan sus publicaciones.

La Fundación Carta de la Paz

La Fundación Carta de la Paz dirigida a la ONU (www.cartadelapaz.org), creada en Barcelona (España) en el año 1993, tiene como principal finalidad construir entornos de paz y convivencia. Y esto lo hace a partir de: la investigación, en los Congresos Internacionales Edificar la Paz en el Siglo XXI generamos conocimiento y propuestas; la formación, educamos para contribuir a la construcción de la paz y la convivencia; la sensibilización, creamos impactos y experiencias para cambiar mentalidades; y, finalmente, la acción social, actuamos en territorios y con sectores sociales, entidades o personas concretas para resolver problemas o generar oportunidades (programa Vitamina - Liderazgo Ético y Transformación Social). La Fundación Carta de la Paz quiere ser un agente de transformación social.

Título: Palabras y discursos envenenadores
Autora: Begoña Roman Maestre
Colección: Documentos de la Carta de la Paz / 1
© Begoña Roman Maestre
Difusión: Fundación Carta de la Paz
C/ Modolell, 41. 08021 BARCELONA
www.cartadelapaz.org
Barcelona, mayo 2017.

El contenido de este documento, inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual, es propiedad de su autora y no puede ser utilizado con fines comerciales. Puede ser distribuido con fines de formación, promoción y sensibilización, siempre con la referencia a la fuente original y autoría.

Palabras y discursos envenenadores

BEGOÑA ROMAN MAESTRE

DOCUMENTOS EN CULTURA DE PAZ/ 1
FUNDACIÓN CARTA DE LA PAZ DIRIGIDA A LA ONU

Índice

Parte I

1.- Introducción	2
2.- Palabras y discursos	4
3.- Discursos envenenadores	6

Parte II

1.- Los cuatro giros de la filosofía	8
2.- Žižek, violencia subjetiva y objetiva	13
3.- La ética del discurso	16
4.- Conclusión	18

Introducción

Este libro, *Palabras y discursos envenenadores*, se propone dos objetivos. En primer lugar, mostrar cómo el lenguaje se ha convertido en una de las nuevas formas de violencia de la sociedad actual; una sociedad que se caracteriza, entre otras cosas, por ser vertiginosamente cambiante, especialmente a causa de las nuevas tecnologías. Conscientes de esta nueva realidad que perjudica la construcción de la cultura de la paz, el segundo objetivo es, precisamente, desarrollar programas alternativos para generar otra forma de habla, de conversación y de debate.

Este es un libro que critica el lenguaje, pero también lo reivindica. Es verdad que el lenguaje en las sociedades tecnológicas es herramienta de envenenamiento, pero no podemos olvidar que el lenguaje también es nuestra principal herramienta de diálogo y de construcción de una cultura de la paz.

Y, una última aclaración, aunque este libro ciñe su análisis básicamente al discurso, el término “lenguaje” abarca toda tanto el verbal y no verbal. Existen palabras envenenadoras, pero también gestos envenenadores. El llanto de un recién nacido, una mirada despectiva o una mueca de dolor deben considerarse lenguajes que pueden ser o no envenenadores.

**Palabras y
discursos**

El título del libro, de forma expresa, diferencia dos conceptos: palabras y discursos, porqué en la sociedad actual la comunicación se hace en tuits, con los que intentamos condensar el máximo de información en frases cortas construidas con pocas palabras. Incluso buscamos la comunicación sin palabras, simplemente con imágenes o emoticonos.

Por este motivo es importante diferenciar entre palabra y discurso. La palabra tiene que ser muy connotativa, referente, clara y explícita, para que no deje espacio a la confusión. La palabra es como un bit, una unidad de información muy condensada. Así pues, si la palabra es correcta, aunque exista deficiencia en la comunicación, no hay posibilidad de múltiples interpretaciones.

Mientras que la complejidad es propia del discurso. El discurso es un encadenamiento de palabras, que no se puede confundir con un listado sin conexión, ya que precisamente en él los términos conectivos tienen una función muy importante. Exige una ligazón de ideas. Y, además, todo discurso es un texto, formulado en un contexto y con un pretexto.

En la actual sociedad mediática acelerada destaca el poco tiempo que se ofrece a los discursos, cada vez más se pierde el hábito intelectual del uso de los términos conectivos, la importancia de los tonos, la aplicación de comas, etc. No es lo mismo decir: “No vengo” que “No, vengo”. Es evidente que una coma puede cambiar todo el significado, el tono o el registro de una sola frase.

La pérdida de la riqueza del discurso es evidente. Según especialistas de las academias hispanoamericanas, un ciudadano medio español no utiliza más allá de mil palabras –los jóvenes no superan las 300 palabras- y solo los muy cultos alcanzan los 5.000 vocablos. Esto es un porcentaje ridículo, ya que el diccionario de la Real Academia Española define unas 88.500 palabras, lo cual representa una gran pérdida de lenguaje y un empobrecimiento mental. No es lo mismo decir estoy triste, chungo, taciturno o melancólico. Deberíamos ser conscientes de las diferencias y los matices de estos términos, pero muchos ciudadanos ni lo son ni conocen algunos de ellos.

Y todo esto, ¿qué relación tiene con la pacificación? Pues, mucha. El lenguaje es terapéutico, por eso un empobrecimiento del lenguaje complica el trabajo con las víctimas. Muchas veces la terapia no puede llevarse a cabo porqué las víctimas no hablan, se aferran al silencio, son incapaces de expresar su situación con palabras, por qué no tienen suficiente riqueza de vocablo ni siquiera diálogo interior.

Discursos envenenadores

La palabra envenenamiento se refiere a dos características típicas de este tipo de discursos: va directamente a generar un mal, es decir, tienen como objetivo la aniquilación del otro o, por otro lado, busca generar algún tipo de resentimiento o rencor, efecto aun peor en términos de cultura de paz, porque este mal es menos visible que el físico y, generalmente, no somos conscientes de ello. Un ejemplo es el denominado lenguaje “políticamente correcto”; un lenguaje aceptado, pero cínicamente violento, y que va envenenando poco a poco. Hay mucha gente que nunca pierde la compostura, pero ejercita una lengua viperina, de serpiente venenosa.

De hecho, a pesar del famoso dicho -“las palabras se las lleva el viento”- estas, una vez pronunciadas, quedan en el aire y pueden cortarlo. En general, quien las ha pronunciado se olvida, pero no quien las escucha. A veces las palabras quedan enclaustradas y resuenan por mucho tiempo en la cabeza del oyente que no puede olvidarlas. En estos casos, debemos preguntarnos: ¿Quién responde de lo que se ha dicho? ¿Quién es responsable por lo que dejó de decirse? ¿Quién se hace responsable del envenenamiento de las palabras y los discursos? Esta es la cuestión.

Logos (en griego λόγος -lôgos-) significa “palabra”, “habla” o “discurso”, pero también “razón”, “razonamiento” o “pensamiento”. Mi voluntad, con esta reflexión, es recuperar el “logos” de la palabra y, literalmente, desarmar la palabra. El poeta español Gabriel Celaya (Hernani, Guipúzcoa, 1911-Madrid, 1991) escribió *La poesía es una arma cargada de futuro* (Cantos Íberos, 1955), pues debemos desarmar la palabra para que un futuro en paz sea posible. Igual que el veneno, los discursos envenenadores, en grandes dosis son letales -de forma rápida o lenta-, pero en pequeñas cantidades pueden resultar curativos. Debemos, pues, ajustar la dosis del veneno de los discursos para que estos sean curativos y no mortales o generadores de resentimientos.

Los cuatro giros de la filosofía

En la filosofía contemporánea se han puesto de relieve cuatro giros: el giro pragmático, el giro lingüístico, el giro hermenéutico y el giro aplicado. En filosofía, un giro es un punto de inflexión, un momento en que se produce un cambio de enfoque a partir del cual hay un antes y un después.

EL GIRO PRAGMÁTICO:

Desde el último tercio del siglo XX el desarrollo filosófico está bajo este giro, un giro que cambia la forma de practicar filosofía. Forman parte de este movimiento figuras como el pedagogo John Dewey (1859-1959), autor de *Democracia y educación: una introducción a la filosofía de la educación*, y los filósofos Richard Rorty (1931-2007), Karl-Otto Apel (1922) y Jürgen Habermas (1929), estos dos últimos pensadores ejemplos del pragmatismo trascendental alemán.

A partir del giro pragmatista los filósofos ya no nos encerramos a deliberar sobre grandes categorías filosóficas: el bien y el mal, la existencia o el sentido de la vida, ahora el interés de la filosofía se centra en resolver problemas -de hecho, pensamos porqué tenemos problemas- y es a raíz del problema que proponemos soluciones. Pero hallar una solución tampoco es un objetivo fácil. El escritor español, Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927), autor de *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (1993), empieza este texto recordando que la mayoría de las soluciones son sospechosas porqué uno las encuentra cuando uno las necesita. Desde el giro pragmatista ciertamente va buscándose una solución, pero también cabe preguntarse ¿qué solución? ¿Quién dice que esta es la solución correcta o no más bien nuestra necesidad de ella?

En cultura de paz hacerse estas preguntas es importantes porque toda parte partícipe de una guerra o conflicto quiere la paz a cualquier precio y, un final mal conducido, precipitado, puede convertirse en la perpetuación del conflicto. Y así, con la voluntad de terminar pronto con el conflicto, se cambia una violencia por otra. Un ejemplo de esta situación, según Žižek, sería la creación del Estado de Israel. Por este motivo el mediador Paul Lederach asegura que no empieza ningún proceso de pacificación si no cuenta con diez años de dedicación. Y es que todos los procesos requieren su tiempo y su ritmo.

Hay un dicho oriental que deberíamos tener presente: “La guerra es mala porqué siempre deja más gente mala de la que se lleva”, refiriéndose a los resentimientos y al daño mal gestionado que genera todo conflicto bélico. En ese sentido, las memorias históricas son cuestiones simbólicas, pero no podemos olvidar que, según el lenguaje que se utilice para transmitir las, esta puede ser una memoria histórica generadora de cultura de paz o un incentivo de guerra o de perpetuación de resentimientos y rencores.

GIRO LINGÜÍSTICO:

Ludwig Wittgenstein (1889-1951), el principal autor del giro lingüístico, afirmó en el *Tractatus logico-philosophicus*, que los límites del lenguaje son los límites del mundo, pues no podemos pensar más que lingüísticamente. El lenguaje, según este pensador alemán, no es un elemento integrante de una triada -palabra, concepto, objeto-, sino el elemento principal: el hombre no tiene nada si no tiene la palabra. El lenguaje central del giro lingüístico es claro: el mensaje construye el mundo.

Pero Wittgenstein también sentenció en el mismo texto que de lo que no se puede hablar con rigor, mejor callarse. Ante esta situación tenemos dos posibilidades. Por un lado, la mística: podemos entrar en un tipo de comunión, de entendimiento, basado en un silencio místico, porque el silencio también puede hablar. Y, por otro lado, también hay una segunda posibilidad de respuesta: crear otros lenguajes, recurrir a la metáfora, porque que no puedo decir nada no quiere significar que no debiera hacer esfuerzos para decirlo aunque sea burdamente, decirlo de otra manera.

Las personas que trabajamos en la cultura de paz pensamos que, aunque no sea con rigor, hay cosas que no se pueden callar, porqué en tal caso nos convertiríamos en cómplices de las injusticias. Y, en este punto, solo hay una posibilidad: hablar a tientas, pero con mucha prudencia, porqué mi voluntad es llegar al otro para entenderme y no para herirle. Así pues, aunque no haya rigor, debemos hablar con cautela y con mucha precaución, porqué es la única herramienta de la que disponemos, y porqué somos conscientes que puede ir cargada de futuro o de muerte.

Hay dos formas muy potentes de violencia lingüística. En primer lugar, la “infoxicación” o la proliferación de información hasta el colapso. Ofrecer mucha información desanima al ciudadano a procesarla, porque necesita un criterio para seleccionarla y tiempo para digerirla. Son muchas las personas que hablan hasta la saturación del oyente. La segunda forma de violencia lingüística es según denominación de la politóloga alemana Elisabet Noelle-Neumann (1916 -2010), la espiral del silencio. Ahora se trata de no hablar de temas cuyo silencio clama el cielo. Son dos tipos de violencias radicalmente distintas, pero con dos elementos comunes: ambas son formas de censura y ambas impiden el ejercicio de la libertad de expresión.

Un verso de Pedro Salinas (1891-1951) alude a que “un ‘no’ dice mucho más de lo que pretende”; algo de eso debe haber en algunas culturas que evitan decir ‘no’, porqué piensan que puede considerarse una ofensa. En efecto, también la negación es una cuestión cultural. Las palabras, en una cultura u otra, tienen connotaciones distintas.

En este sentido el giro lingüístico nos pone en alerta: las palabras hacen cosas, pero también, deshacen cosas y hacen daño. Y, en este sentido, la tesis de Žižek es clara: aunque no la vemos, hoy una importante forma de violencia en la sociedad mediática es lingüística. Actualmente, en muchas ocasiones, solamente podemos contraatacar ciertos mensajes y combatir la violencia simbólico-lingüística usando la misma táctica. Esta es la forma más eficaz de captar la atención de los medios y que los micrófonos giren hacia nuestra dirección. Si trabajamos por una cultura de paz debemos tener en cuenta el valor de las palabras.

GIRO HERMENÉUTICO:

Hermenéutica significa interpretación. Pensadores claves del giro hermenéutico son el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer (1900-2002) y el francés Paul Ricoeur (1913-2005). Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900) llegó a mantener que no hay hechos, que todo es interpretación. Y que esa misma afirmación es una interpretación. Se evidencia así que todo texto tiene un contexto y un pretexto; por eso se debe tener en cuenta quien lo escribe, con qué interés lo escribe, porqué usa esas palabras en vez de otras y cómo estas resuenan hoy.

No obstante, aunque ciertamente todo es interpretación, no todas las interpretaciones son válidas; porqué siempre hay algo real (pertinaz o incluso impertinente) que no es tan interpretable: la enfermedad, el dolor, la decrepitud, la violencia, la herida... Metafóricamente podríamos resumirlo diciendo que el cuerpo no miente. Muchas causas pueden provocar el llanto de un niño, pero solo puede haber una interpretación delante de esta imagen: un niño llora porqué está faltando de alguna cosa y esta es su única manera de comunicar una carencia.

EL GIRO APLICADO:

El giro aplicado recuerda a la filosofía, especialmente a la ética, que debe volver a su responsabilidad social. Como afirmara Aristóteles, no pensamos para saber qué es el bien, sino para ser buenos. Del mismo modo, no pensamos para saber qué es la verdad, sino para ser veraces y honestos y descubrir las versiones sobre los hechos que necesitamos explicar.

En este punto es pertinente recordar que en Sudáfrica, en el año 1995 se creó la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, un organismo oficial del gobierno del país que buscaba alcanzar la justicia restaurativa después del fin del régimen del Apartheid. ¿Por qué “la verdad”? Había versiones de la verdad, pero de verdad solo una: tuvo lugar una guerra. Y a

partir de esta verdad, se debían escuchar todas las versiones para saber que el otro, igual que a uno, también le había dolido ¿Y por qué reconciliación? Porque debía crearse una cultura que posibilitara nuevamente la convivencia pacífica. Las palabras son importantes cuestiones de cosas que importan.

**Žižek, violencia
subjetiva y objetiva**

Žižek, en su libro *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (2009), distingue entre violencia subjetiva y objetiva. Normalmente la violencia se ha considerado como subjetiva, es decir, un sujeto que la hace y un sujeto que la padece, pero el filósofo esloveno habla de otra forma de violencia más sutil, que denomina objetiva. El adjetivo 'objetiva' alude, en primer lugar, a que está ahí. Independientemente del sujeto que la vea, es una realidad.

Mas, por otro lado, indica también que no hay sujeto, que determinada violencia forma parte de las estructuras. Cuando la violencia procede de un sujeto, podemos afirmar "María y José han sido violentos"; pero cuando la violencia procede de las estructuras no es imputable. Y, según Žižek, estructuras violentas lo son las estructuras simbólicas, del lenguaje, y las estructuras político-económicas típicas del mercado capitalista.

La violencia es fruto del miedo. Vivimos en una cultura del miedo. La teoría de Žižek es que hoy en lugar de triunfar la máxima cristiana "ama a tu prójimo como a ti mismo" (Mt 22, 39) se ha impuesto el "teme a tu prójimo como a ti mismo". Así, pues, somos víctimas de una tensión estructural y lingüística aunque el sujeto no la perciba como tal a pesar de estar inmerso en esas estructuras. Es muy importante tomar consciencia de estas nuevas formas de violencia simbólica y estructural que adquieren las sociedades contemporáneas.

Žižek afirma que el lenguaje es la forma con la cual uno puede salir de la violencia de la carestía. El niño empieza a hablar porque se da cuenta de sus necesidades y de la fuerza del lenguaje. Un bebé sabe que si llora le harán caso; pero, si dice "agua" le darán enseguida y exactamente lo que quiere. De esta forma, el lenguaje se convierte en el principal instrumento de poder del ser humano; con las palabras hacemos cosas y conseguimos que los otros hagan cosas por nosotros. Esta también es la tesis de Michel Foucault (1926-1984). Por lo tanto, lo peor que le puede pasar a un ser humano es perder capacidad crítica hacia estas estructuras, ya sean político-económicas o discursos envenenadores.

Sobre las violencias estructurales, Žižek critica de forma irónica el "capitalismo filantrópico", gente que utiliza estructuras generadoras de pobreza para ganar enormes cantidades de dinero a la vez que quiere paliar esta pobreza. A este tipo de filantropía, el filósofo alemán Peter Sloterdijk (1947), en un libro *Crítica de la razón cínica* (Ed. Siruela, 1983), lo calificaría de cinismo. El alemán pide no confundir este cinismo (*zynismus*) con el cinismo filosófico (*quinismus*), iniciado por el griego Diógenes el Cínico (404 a.C-323 a.C), el cual reivindicó una vuelta a la naturaleza, una vida natural, sencilla, honesta y una ética de la austeridad. Nada que ver con el *zynismus*, típico de quien usa un lenguaje políticamente correcto pero hiriente. Por eso hay personas que, no siendo violentas físicamente, de hecho muestran una actitud muy cortés pero, pronuncian palabras muy dolorosas.

La violencia simbólica del lenguaje ha triunfado en nuestra sociedad, y como no somos conscientes de ella, Žižek la llama ideología. En filosofía, ideología es un término que fundamentalmente tiene dos significados. En primer lugar, significa “teoría de las ideas” -sentido más neutro-, y en segundo lugar, desde Marx, “tergiversación de la realidad” -sentido más negativo-. Este segundo sentido alude a un conjunto de ideas para ver el mundo desde esas ideas y no como es. Por eso los marxistas defienden que la principal ideología, “el opio del pueblo”, es la religión.

Finalmente, Žižek asegura que hay ejemplos de violencia simbólica que adoptan una forma, ya no sólo de tergiversación, sino también de sueño. Este sería el caso de los discursos cínicos sobre los derechos humanos propios de Europa y del Mundo Occidental ante el drama de los refugiados que intentan entrar a sus territorios. De ese modo, por humillante, puede llegar a ser simbólicamente violenta toda la apelación discursiva a los derechos humanos cuando se contempla la pertinaz realidad desde el punto de vista de los vulnerables.

La ética del discurso

Pero una cosa es obvia, ni podemos prescindir de los derechos humanos ni tampoco del lenguaje. Con lo cual, en una cultura de la paz, conscientes de la capacidad cínica del lenguaje y de su capacidad de hacer daño, debemos generar un uso correcto del lenguaje. En esto nos puede ser de ayuda la ética del discurso. Habermas y Apel, principales representantes de dicha ética, reivindican que hay un aparato normativo, no coactivo, inherente a cualquier interlocutor válido, independientemente del lenguaje y el idioma que emplee, de manera que este ir a tientas con el lenguaje nos permite reconocer que hasta el uso estratégico instrumental del lenguaje necesita de las cuatro normas que a continuación explicaremos.

Cada vez que uno habla hay una norma que se supone que todo el mundo acepta, la veracidad. Cuando uno habla se da por supuesto la finalidad no explícita de entendernos sino, ¿para qué hablamos? Pues si la pretensión es de entendernos, en principio y por principio, seremos honestos. Es decir, nos mostraremos dispuestos a hacer las corroboraciones empíricas que hagan falta para comprobar o no nuestra veracidad.

De ese modo, si damos por supuesto que todo el mundo se debe a la veracidad, a partir de sus respectivas veracidades narraremos relatos de verdad a corroborar. Los relatos de verdad parten de la veracidad y están dispuestos a buscarla. El diálogo es el arte de buscar la verdad y la justicia en el punto de vista del otro. Contrariamente, cuando damos por supuesto violentamente que tenemos la verdad, hablamos de fundamentalismo, de falta de fundamentación.

Las otras dos características de la ética del debate – aparte de las ya comentadas, veracidad y verdad- son la corrección y la inteligibilidad. Si yo sé que en una cultura mirar a los ojos es intimidante, respetaré el espacio del otro. Si sé que estoy delante de una persona que hace poco que ha llegado a nuestro país y aun no domina perfectamente el idioma, hablaré más despacio. La corrección es muy importante en un debate; aunque cada día podemos comprobar la falta de este valor en muchas tertulias radiofónicas o televisivas. La corrección guarda relación con la cortesía, pues permite crear un ambiente cordial, no violento; y también tiene que ver con el humor: es diferente reírse *con* que reírse *de*.

La inteligibilidad nos recuerda que hablamos para entendernos; si sabes que no te van a entender, o no quieres hacerte entender, ¿por qué hablas? Cuando un político considera que no debe explicarse porque el pueblo no lo va a comprender, no es un político democrata; dado que no entiende la norma discursiva del relato democrático. Está ante una contradicción en sus propios términos: el político está legitimado por el pueblo y solo el pueblo puede entender y renovarle con sus votos.

Conclusión

Podríamos hacer dos columnas. A un lado podríamos un lenguaje cordial, cortés, amable, cauteloso, cuidadoso, con palabras que crean futuro... Esta sería la cultura de la paz que debemos intentar trabajar mediante el lenguaje. Y al otro lado, sin alejarnos del lenguaje, estaría la cultura de la violencia simbólica. Mientras que el lenguaje cauteloso y cordial va en busca del entendimiento, del convencer y, por lo tanto, de la paz; el lenguaje violento y cínico se sitúa en el no acuerdo, la persuasión, el engaño, el vencer y, en consecuencia, el alargamiento del conflicto.

En la primera columna estaría la justicia, el entendimiento y los intereses de todos, el arte de buscar la verdad desde el punto de vista del otro; mientras que en la otra columna estaría la mera satisfacción de los intereses solo de los poderosos, el uso de la propaganda, de la negociación, y no de la mediación. En la ética del discurso cauteloso encontraríamos la ideología como el conjunto de ideas para transformar y mejorar el mundo y planificar, mientras que la misma palabra, en el otro lado, sería entendida como censura o tergiversación.

Desde la ética cautelosa tendremos que conversar mucho y gestionaremos las problemáticas desde la complejidad y el riesgo, mientras que en la dinámica violenta la lógica imperativa será la simplicidad (todo conflicto se basa en una bipolaridad).

En el mundo de la ética cordial, concepto trabajado por la profesora Adela Cortina (1947), la política emancipadora quiere abrazar y comprender; mientras que el propósito de la política manipuladora es entender causalmente y simplificadamente, lo cual genera infoxicación o espiral del silencio, pero no transparencia de la información. Como advierte Habermas, en la ética cautelosa hacemos todo lo posible para habitar la casa del lenguaje. Somos animales lingüísticos y no podemos vivir a la intemperie; la ética cautelosa recupera el lenguaje como cobijo.

Según la ética cautelosa, cuidarnos quiere decir comprendernos, escucharnos. Mientras que la lógica de la razón instrumental del lenguaje violento no entiende la responsabilidad como un tener cuidado de la fragilidad del otro, sino como un mero rendimiento público de cuentas urgido por la desconfianza de base. Todo el mundo tiene que rendir cuentas porque a priori todo el mundo es culpable, un concepto de responsabilidad relacionado con la sospecha, la víctima y el victimario.

Byung-Chul Han, filósofo coreano afincado en Alemania, en el libro *La sociedad de la transparencia* (Ed. Herder, 2013), advierte que en el lenguaje de la transparencia hay discursos envenenadores, porque la transparencia no viene a recuperar la confianza, sino que llega después de que esta se haya perdido. El exceso de transparencia puede acabar en una sociedad pornográfica y exhibicionista en la cual nadie se fía de nadie.

En esta situación de falta de confianza ponemos luces en todos lados, cuando lo más sensato sería reconocer que si hay luz, también hay sombras. Las sombras no siempre son tenebrosas. Žižek lo resume bien: teme a tu prójimo como a ti mismo. Este mensaje ha triunfado. Una sociedad con excesiva transparencia y seguridad demuestra que no quiere aceptar la condición de complejidad y cautela, modo en que tiene que trabajar el humano. En esta situación sus usos lingüísticos también tienen que ir a tuestas y con mucho tacto, porque pueden ser, en una sociedad cada vez más mediática y dependiente de las palabras, herramientas peligrosas.

Barcelona, mayo 2017

Bibliografía

APEL, Karl Otto: *Teoría de la Verdad, y ética del discurso*, Madrid: Ed. Tecnos, 1992.

HAN, Byung-Chul; *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Ed. Herder, 2013.

ŽIŽEK, Slavoj; *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Ed. Paidós, 2009.



Fundación
Carta de la Paz
dirigida a la ONU